Refranes y género: mentiras verdaderas o verdaderas mentiras[1]

Anna M. Fernández Poncela

"Cien refranes, cien verdades"

"Gente refranera, gente embustera"

El refrán pertenece a la cultura popular, la historia cotidiana, pequeña, no escrita, representativa del temperamento de la gente sencilla. Destaca su fuerza, pervivencia, brevedad y precisión de conceptos. Es como un libro de sabiduría abierto al mundo, que abraza todos los temas de la vida diaria. Se trata de mensajes que transmiten cierto "saber popular" y la tradición cultural de un grupo humano concreto. Condensa ideas, sentimientos, advertencias, consejos, normas de conducta y enseñanzas, con un lenguaje llano y conciso, fruto de la experiencia y del ingenio, ayudado por la dicción sonora o rima. La función central de los refranes es exponer y concretar situaciones y posiciones para recomendar y aconsejar comportamientos y actitudes; se trata generalmente de sentencias de carácter lapidario -estilo conciso, verdadero y unívoco-.

Una pregunta: ¿Qué queda tras la revisión de la imagen de la mujer, del hombre y de las relaciones de género en el refranero? Por un lado, se puede afirmar que se trata de un bombardeo de mensajes que hasta cierto punto reproducen el modelo cultural hegemónico. Un modelo que caracteriza la imagen de las mujeres reales, su comportamiento y actitudes con una serie de conceptos y adjetivos calificativos muy significativos que se reiteran una y otra vez: charlatanas, indiscretas, incoherentes, mudables, mentirosas, malvadas, peligrosas, culpables de todo mal, objetos utilizables, más tontas que un animal y más malas que el mismo diablo. Un modelo que como contraparte muestra el ideal de cómo deberían ser las mujeres: calladas, discretas, obedientes, caseras y trabajadoras. Se trata de un discurso con sus incongruencias y trampas, ya que va de lo que considera realmente existente -la irracionalidad y maldad de las mujeres-, de forma estereotipada y exagerada, hacia lo ideal -la bondad de las mujeres-, pero señalando que es prácticamente inalcanzable, por lo tanto, y según la lógica del mensaje, inexistente. Esto es, la mujer como construcción cultural androcéntrica dicotomiza su existencia: mala-buena, y va de la denigración a la exaltación.

Daniel Correa

"Ser más puta que las gallinas"

"A la mujer y a la cabra, soga larga"

"La mujer ni vista ni conocida"

Por otro lado, los hombres, y su comportamiento, también queda expuesto a través de los refranes cuya función es transmitir experiencia y consejo entre mujeres, y éstos tampoco parecen salir muy bien parados, comparando entre la realidad de lo que son y el ideal de lo que deberían ser, según nuevamente el modelo cultural existente. Los hombres deben ser machos y proveedores, pero realmente no valen mucho, pueden llegar a ser cornudos; hay que cuidarlos pero y también temerlos. Las mujeres introducen, con más o menos éxito su opinión, y cierta ambigüedad reina a veces en la utilización de los

refranes populares. Así las cosas, hay refranes para todos los gustos, aunque son mayoritarios los que favorecen el androcentrismo y premian las actitudes machistas, y los que desvalorizan o acusan las que se consideran formas de ser y de expresarse de las mujeres, legitimando su discriminación y maltrato.

"Antes viejo con dinero que mozo sin seso"

Se puede afirmar que esta imagen del ser hombre y ser mujer es una construcción social imaginaria que se difunde a través de la literatura, el arte, la música y la cultura popular. Se trata, igual que en el caso del "carácter mexicano", de una serie de estereotipos codificados que se reproducen en la sociedad. También las tradiciones son una invención. Son mitos producidos desde la cultura hegemónica, entendida a la manera gramsciana, que se reproducen en el sentido de Bourdieu, en los sectores subalternos explicados por Lombardi Satriani. La descripción burda de la imagen de las mujeres está configurada en función de arquetipos para el desarrollo de los mecanismos de la dominación. Las mujeres, como los indios, los niños o los mexicanos -según la bibliografía psicológica del último siglo-, carecen de sentido, son menores que deben ser protegidos o domesticados, según sea el caso, con más o menos indulgencia y con mayor o menor mano dura.

La significación cultural del discurso a través de la comunicación simbólica es muy clara a primera vista. Sin embargo, todo esto nos lleva a pensar en ¿quién? ¿por qué? ¿con qué intención? y ¿con qué efecto? -esta última más compleja de responder-.

Más allá de la justificación de la subordinación y del maltrato a las mujeres por su maldad, irracionalidad y por ser, o considerarse, propiedad de los hombres, se demuestra que si esto es necesario, por alguna cosa será. Es decir, de alguna manera se acepta que las mujeres no son tan sumisas y abnegadas como a muchos les gustaría. Se trata del reconocimiento implícito de la posibilidad de contestación y rebelión. De ahí la necesidad que la sociedad, y concretamente los hombres tienen de aplicar las advertencias, prohibiciones y castigos a las mujeres, hasta hacerlas protagonistas del refranero conjuntamente con el diablo o las bestias. Hay que ser precavidos, ejercer vigilancia y castigo, tres pasos legitimados y presentes en este discurso lapidario.

Las mujeres como sujetos sociales productores de valores y lenguaje hacen también su aportación activa al refranero popular -aunque no de forma tan amplia y tan incisiva como los hombres- esto es, tienen su propia voz. Pues sí, las mujeres han creado y recreado sus mensajes en el discurso o narrativa cultural del refranero popular, no son mayoritarios o dominantes, pero hay que reconocer que aunque reducida, mantienen su propia voz y presencia.

"Dios me dé marido rico, y mejor si es borrico"

Sus resistencias, pasivas o veladas, son: la constitución de redes informales de comunicación y transmisión de información entre mujeres (conductas) -rumores, chismes, comentarios, cotilleos, "cuechos", habladurías- en los espacios (lugares) -el mercado, la tienda del barrio, el lavadero, el río, el horno, la venta de tortillas, la casa, el vecindario-, y actividades que les ha sido posible conservar -salir a la compra, ir a lavar, charlar con las vecinas, acciones que son un quiebre de la rutina cotidiana doméstica y propician las relaciones sociales del ama de casa tradicional-. Estas conductas y estos espacios están claramente recogidos y expresados en el refranero. Y son expuestos con

Rotmi Enciso

mensajes intencionadamente negativos, buscando su desvalorización y desprecio, persiguiendo seguramente su desaparición, como una forma más de control sobre las mujeres.

Generalmente, los mensajes transmitidos tratan noticias en torno a los habitantes del barrio, vecindario o comunidad, problemas conyugales, familiares, económicos, el costo de la vida, etc. Esta circulación de información entre vecinas o amigas, despeja y beneficia psicológicamente de la opresión conyugal, la sobrecarga de trabajo doméstico pesado y rutinario, y denota curiosidad, pero al mismo tiempo preocupación por el escenario más cercano: la familia, el parentesco, las amistades, el vecindario, espacios de los cuales se siente, y casi siempre es, responsable. De ahí la fama de chismosas que el refranero recoge, nuevamente para tratar de erradicar la comunicación intragenérica, aunque sea simbólicamente a través de la crítica y el señalamiento público, por un lado, y de otro, el consejo a permanecer calladas, el silencio, la negación.

La ambivalencia y la ambigüedad, entre la sumisión y la rebeldía, pasando por la resignación y la adaptación de las mujeres, está expresada en estos mensajes. Sin olvidar que el asumir o representar una posición de status inferior invoca un esquema protector al cual quien está en el status superior se ve obligado a responder. Una especie de compensación en la relación.

En los refranes populares, mayoritariamente amasados con las creencias y valores sociales tradicionales y por ende androcéntricos y masculinos, pueden encontrarse algunos que aconsejan o transmiten la experiencia de las mujeres para o hacia sus congéneres, lo cual es criticado por supuesto y también negativizado, pero en todo caso, con ello también, se admite que existe.

"Consejo femenil,
o muy bueno o muy vil"

Todo esto desestima el enfoque victimista y que adjudica pasividad y cautividad absoluta de las mujeres, a la vez que demuestra la existencia de una presencia femenina en donde las mujeres son sujetos activos de las sociedad, al margen de su grado de incidencia social o de su situación personal. Porque el poder es una relación, y como tal, bidireccional. Las mujeres tienen voz y opinión, por una parte en los mensajes que se difunden a través del refranero, pero por si hubiera alguna duda, el hecho de que éste se empeñe en deslegitimar desde todos los puntos de vista y enfoques su capacidad verbal y coherencia, quiere decir que ésta existe y que las mujeres la utilizan, y que los hombres lo saben y perciben, sino no sería necesario su hondo y extenso menosprecio para acallarlas y controlarlas.

No olvidemos que el lenguaje es el tipo de comportamiento comunicativo más explícito que conocemos. La lengua es una de las mayores represoras sociales existentes a través del ejercicio de sus funciones a favor del sistema. Pero también la narración popular y la tradición oral basadas en la lengua, contienen

Daniel Correa

innumerables protestas y denuncias, silenciadas en el transcurso de las relaciones sociales, y transferidas al espacio literario a través del escape del lenguaje simbólico.

El significado de los mensajes transmitidos desde y por las mujeres e impregnados del punto de vista femenino, es bastante crítico con las actitudes de los hombres y describen, orientan y previenen en torno a sus conductas. Hay, eso sí, algunos dichos que recogen y muestran a ambos géneros de una forma similar o ecuánime, pero son una minoría.

Rotmi Enciso

"Cada hombre es un abismo, y cada mujer lo mismo"

En general, en ambas partes de la comparación, la mujer suele llevar las de perder, aún en las más favorables a ellas.

"Cada hombre lleva un loco dentro, y cada mujer un ciento"

"El hombre cae como gato, la mujer como guayaba"

Comúnmente se afirma que la cultura dominante impone a la cultura popular subordinada su cosmovisión específica y su forma de ver el mundo, legitimadora de la asimetría que posibilita y mantiene la dominación en general. Según esto, los refranes, como parte de la cultura dominada influenciada por la cultura dominante que discrimina a las mujeres, las presiona también para que acepten o se adecuen al estereotipo y al rol que la sociedad les ha asignado tradicionalmente; sin embargo, hemos visto que no todo está tan atado y bien atado, como parecería o cabría suponer. Es más exacto hablar de cultura hegemónica y subalterna, definiendo la relación no sólo a partir de la dominación impuesta por la primera sobre la segunda, sino del proceso en el que los sectores subalternos se reconocen en cierta medida en la cultura hegemónica, y hay hasta cierto punto una especie de colaboración o consenso entre ambas.

En definitiva, el control ejercido sobre el uso del lenguaje y el potencial semántico y expresivo de la lengua, forma parte del control de los sectores dominantes en general y del grupo masculino en particular. La violencia simbólica a través de la expresión verbal es parte de la dinámica de mantenimiento de la desigualdad social, étnica, de edad y de género, dentro del campo de la cultura popular, de la producción simbólica y de la comunicación en general. Pero las mujeres también pueden manifestar su opinión, y utilizar los refranes para expresar sus sentimientos e ideas, así como sus estrategias de convivencia con los hombres, dentro del margen de maniobra que la cultura dominante les deja; siempre, al parecer, en menor medida que los hombres y con grados menores de crueldad y desprecio[2]. A la violencia simbólica del lenguaje -en este caso expresada en los refranes-, androcéntrico, masculinizante, machista y a veces misógino, se opone o se levanta la protesta simbólica del lenguaje -o refranes- de las mujeres, dentro de una gramática de la diversidad. Participación, no exenta tampoco de contradicción, por supuesto. Porque los hombres, al fin y al cabo, también gustan, son deseados y necesarios para las mujeres, como finalmente se confiesa.

"El demonio son los hombres, dicen todas las mujeres; pero viven suspirando que el demonio se las lleve"

"Más calienta pierna de varón que diez quilos de carbón"

Y es que como diría otro refrán: "Refranes y consejos, todos son buenos", y que cada lector o lectora, reflexione y decida.

1 Fernández Poncela, Anna M. 2002 Charlatanas, mentirosas, malvadas y peligrosas. Proveedores, maltratadores, machos y cornudos. (Estereotipos y roles de género en el refranero popular). Barcelona:Anthropos.

2 Hay que remarcar que la resistencia o contestación de las voces de mujeres en el refranero es más amplia y profunda que otras expresiones orales de la cultura popular, por la sencilla razón que el refranero ha permanecido en el habla, mientras que la canción popular o los cuentos han pasado a la industria discográfica o a la impresión, mecanismos que colaboran al control social y la homogenización cultural.